

FUNES (Navarra)
Iglesia parroquial
Santiago (V. Verdusán, 1665)

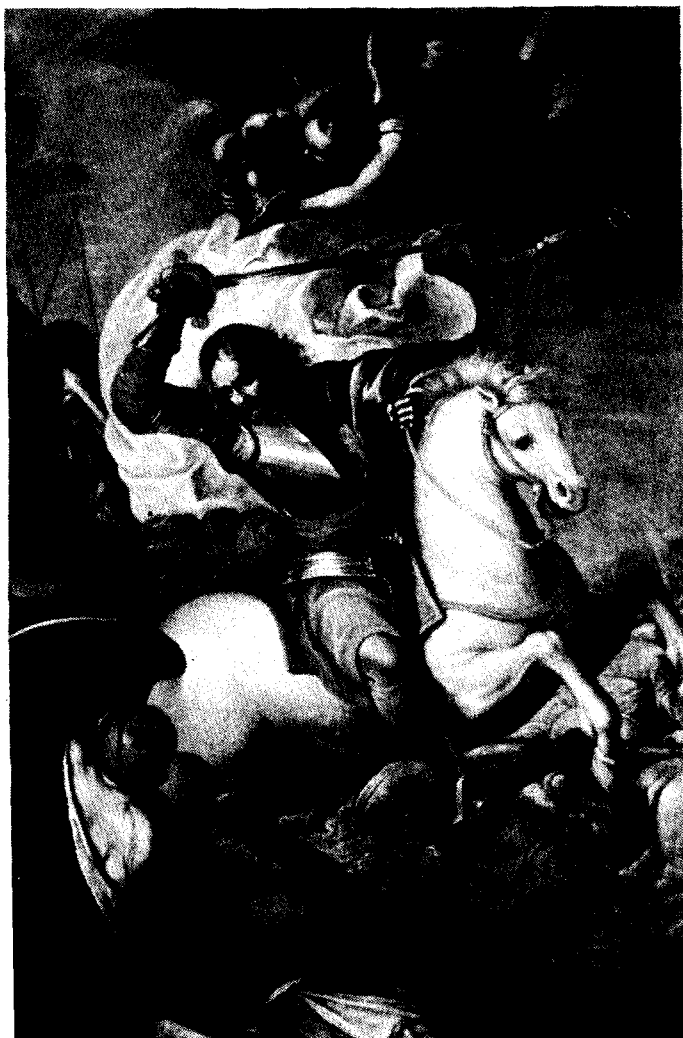
"Liberados de las inhibiciones que nos han tenido enajenados como pueblo (es decir —suponemos—: negada la unidad religiosa y disuelta la unidad (nacional), el futuro se abre ante nosotros esperanzador".

¿Es llegado el tiempo de abjurar públicamente de cuanto como españoles hemos creído, servido y amado?.

Hoy como ayer, el Jefe del Estado español (o alguien en su representación) hace la ofenda nacional al Apóstol Santiago al iniciarse al Año Santo compostelano. Este año ha asumido esa representación el Jefe del Gobierno (y de los centristas) Sr. Calvo Sotelo.

Pero los tiempos han cambiado y, con ellos, la ofrenda. Ya no se pide en ella el perdón de nuestros pecados (que serían difíciles de precisar en un contexto pluralista de opiniones varias) ni la gracia de Dios para nuestras almas. Mucho menos se pide la preservación o el aumento de la fe para nuestra patria (lo que sería una petición confesional y constantiniana), ni que la libre el Apóstol de sus enemigos exteriores e interiores.

De muy distinto tenor ha sido la ofrenda del Sr. Calvo Sotelo en este Año (presuntamente) Santo de 1982. Ante todo ha procurado disculpar al Santo de haber sido en algún tiempo remoto "espada de Clavijo". Y a nuestros antepasados de haberlo sacado a guerrear contra infieles, lo cual, según el presidente, "no agota las claves de su historia, de nuestra historia" (un desliz lo tiene cualquiera). Lo que realmente hicieron los cruzados y los peregrinos medievales fué, según feliz averiguación de nuestro Centrista Mayor, "un acto de fe en la convivencia de los pueblos, proclamando los mismos valores de paz y libertad sobre los que hoy estamos asentando los cimientos políticos de la sociedad civil" (sic). "Liberados —añade— de las inhibiciones que nos han tenido



Disculpando al Santo de haber sido en algún tiempo "espada de Clavijo"...

La ofrenda laica al Apóstol Santiago

enajenados como pueblo (es decir suponemos — negada la unidad religiosa y disuelta la unidad nacional) el futuro se abre ante nosotros esperanzador".

En consecuencia, se pide la intercesión del Apóstol para cosas nuevas y muy diferentes. se pide por la democracia y el pluralismo, por la libre propagación de todas las sectas y religiones, por que se afiance la libertad en España (es decir, por la no represión de la pornografía, de la homosexualidad pública, del ocultismo; por el divorcio y el aborto...). (Ha de reconocerse una osadía poco común o una extra-

ordinaria fe "centrista" para presentarse con esa serie implícita o explícita de peticiones ante el Hijo del Trueno, Santo Patrón de España).

Pero aún más nueva y "peregrina" fué la respuesta del Arzobispo compostelano Sr. Suquía, preboste destacado de la nueva Iglesia conciliar o aggiornada. Elogia, ante todo la "hermosa invocación" del presidente y deduce de ella que "en el marco de un Estado no confesional, y dentro de la Ley de Libertad Religiosa, cabe un espacio (sic) para reconocer lo que la fe católica ha supuesto en el pasado para la historia de España, lo que

por Rafael GAMBRA

significa en el presente y lo que debe significar en el futuro". Es decir, que para el prelado ya no es el Catolicismo la religión de España, ni aún la religión del Estado (no hablemos ya de Religión verdadera), sino sólo un espacio entre el amplio espectro de opiniones igualmente válidas. En el deseable Estado aconfesional se reconoce a la religión católica un escaño en el sector histórico-cultural, y todos contentos.

Y no para aquí la oración jacobea del arzobispo. El parece convenir con el presidente en que nuestro pasado religioso-político es un lastre pesado, una inhibición alienadora, de la que nos hemos liberado, y pide al Señor que nos conceda la gracia de "no empeñarnos en cambiar un pasado que existe y hemos de asumir, y la de mirar hacia adelante con esperanza. Y esta petición la encomienda a la poderosa intercesión de la Virgen Santísima y de Santiago (lo que es ya rizar todos los rizos imaginables).

Parece, pues, que el tiempo es llegado de abjurar públicamente de cuanto como españoles hemos creído, servido y amado. Por boca del Estado y por boca de la Iglesia. La Reconquista fué fanatismo; la cristianización de América, odioso colonialismo; Trento fue oscurantismo; Lepanto, prepotencia; nuestra Cruzada de Liberación, guerra civil tan oprobiosa como la dictadura que le siguió... Nosotros somos sólo "una joven democracia" con vocación europea y pluralista que se sacude como puede un pasado alienador. Como ha resumido Lancelino Lavilla: "fuera de la Constitución sólo hay barbarie".

Menos mal que Dios no se ha hecho (que sepamos) demócrata, y que tampoco va a ser fácil que Santiago acepte la Constitución laicista. Estamos por ello ciertos de que San Fernando Rey y todos los cruzados y santos de la Reconquista seguirán en el Cielo, que América seguirá rezando a Cristo en español, y Trento seguirá en la verdad, y que los héroes y mártires carlistas y de la Cruzada Nacional continuarán intercediendo por nosotros, digan lo que digan los demócratas y progresistas que hoy (supuestamente) nos gobiernan.